

UNA CONVERSACION

Sé que es poco usual introducir una entrevista refiriendo hechos ocurridos en otros tiempos en vez de mencionar el presente de la misma. Pero ésta es sólo una parte reducida y fragmentaria de repetidas conversaciones con José Bianco, que durante mucho tiempo mantuve con él a través de su obra, sin conocerlo. Esas fueron las más íntimas y las más prolongadas. Luego vino la que en forma discontinua tuvimos durante su última estancia en México, en ocasión del Homenaje Nacional a Octavio Paz en agosto de 1984, cuando me concedió esta entrevista a pesar de su gran cansancio, poco antes de marcharse a España; y las que tuvimos dos meses después en su departamento de Buenos Aires durante horas que, para mí, fueron inolvidables, cálidas y reconfortantes.

En la última, con un tono de ligera inquietud, José Bianco me preguntó si haberlo conocido en persona no me había desilusionado, si yo no prefería al José Bianco de la obra. Le contesté sinceramente que no, que además no advertía gran diferencia entre las dos personas. Tal vez esta entrevista lo muestre.

Fabienne Bradu: Su primer viaje a Francia fue en 1927. Quisiera saber cómo fue su primer contacto con ese país que tanto ha importado en su vida y en su obra.

José Bianco: Bueno, el primer contacto con Francia... fui allí con mis padres, con mi familia, no tengo recuerdos demasiado precisos. Había leído a ciertos autores, ya sabía francés, pero sólo tenía 16 años.

F. B. —El segundo viaje a Francia fue en 1946. Permaneció de 1946 a 1948, es decir, suficiente tiempo para conocer a ciertos escritores.

J. B. —Sí, me quedé algún tiempo pero también fui a otros países: Italia, España. También fui a Londres. Conoci a algunos escritores franceses porque me hice muy amigo de una librera francesa muy famosa que tenía una verdadera instrucción amistosa que se llamaba "La librairie des amis du livre". Era Adrienne Monnier. Ella me presentó a varios escritores. Yo tenía cartas para André Gide. Una me la había dado Victoria Ocampo y otra Ricardo Baeza. Ya Gide era muy conocido, pero yo no tenía ganas de ir con esas cartas porque soy un poco reacio a la idea de ejercer una pequeña violencia así. En esa época también lo era, no quería molestar a personas tan conocidas. Entonces Adrienne me dijo: *Il ne faut pas présenter ces lettres*. Comíamos

juntos todos los viernes, o bien en la casa de ella o bien en un restaurante donde yo la invitaba. Un día me dijo que no dejara de venir porque iba a ir el *maitre*. Yo no sabía quién era el *maitre*. Cuando llegué a la casa me encontré que estaba Gide acostado en un diván mirando cuadros. Adrienne y Maurice Salliet, un joven que se ocupaba de la librería, los quitaban de la pared y se los acercaban.

F. B. —Es la famosa cena con Gide durante la cual él mencionó la obra de Sartre: *La putain respectueuse* como "La dama respetuosa"...

J. B. —Sí, era un hombre muy cortés y se trataban con mucho respeto, tanto Adrienne como Gide. Yo le pregunté a Gide qué estaba escribiendo. Me contestó que nada y le pregunté: ¿Ni siquiera su diario? Me contestó: *Le sujet est épuisé*. El tema se agotó. Después se refirió a sus malentendidos con Claudel. No me acuerdo si Claudel vivía, creo que sí. Parece que Claudel había invitado a un restaurante (*Le Tour d'Argent* o alguno de esos) al hijo de Francis Jammes. Habían pedido *crepes suzettes* y mientras éstas ardían, Claudel le había dicho al joven Jammes: "Ahí está Gide en el infierno". Entonces, Jammes hijo le habló a Gide para decirle: "Señor Gide, yo estoy con usted, no estoy con mi padre ni con Claudel". Ese mismo año, le habían dado el Premio Nobel a Hermann Hesse. Debo precisar que apenas intervine en la conversación, usted se imagina, éramos sólo cuatro personas, yo traté de ser lo más discreto posible. Yo no conocía a Hesse pero como había sido Premio Nobel había comprado alguna novela, creo que *Demian*, y cité una frase de Hesse que decía: "Sólo odiamos en los demás los defectos que tenemos o los que no hemos superado". Entonces Gide me dijo: "Usted me preguntaba qué estoy escri-

biendo. Acabo de escribir un prólogo para un libro de Hesse que se llama *Los Viajes d'Orient*, un libro precioso que después leí en francés con el prólogo de Gide. Lo había traducido el yerno de Gide que, si no me equivoco, se llamaba Jean Lambert. Y después, la conversación siguió muy, muy amablemente. Debo decir que no tuve un papel demasiado lúcido en la conversación pero Gide se debió haber dado cuenta de que yo conocía su obra porque ¿eso se trasluce no?... hasta en los silencios. Entonces Gide me pidió que pasara por su casa de la rue Vanneau porque, me dijo, hasta del mismo *Diario* tenía cosas que no podía publicar, que eran muy íntimas: se referían a su mujer. Me dio cita para dos días después. Fui a la casa de la rue Vanneau pero Gide estaba con su editor suizo. Había un largo corredor donde se veían a mujeres escribiendo a máquina, a jóvenes. Me hizo subir a un cuartito alto donde él estaba con su editor y donde creo, si no me equivoco, que había una máscara que no sé si era de Pascal o de Leopardi. No sé, yo estaba tal vez tímido. No me pudo leer el *Diario* pero lo mandó pedir y me dijo que me lo prestaba: "*J'ai confiance en vous*". Me fui con una parte del *Diario* que era *Et nunc manet in te*, que en ese momento nadie conocía. Esa noche fui a cenar a casa de Octavio Paz y le dije a Octavio: "Tengo unas páginas que me ha dado Gide de su *Diario*, unas páginas terribles, me las ha prestado". Entonces, Octavio me dijo que no fuera tonto —¡qué ingenuo, tanto Octavio como yo!—, que debería hacerlas copiar. Ve a la embajada porque allí hay dos secretarías: una es francesa, a esa no se las des, la otra es mexicana no debe tener idea de quién es Gide. Que las copie delante de ti y le das mil francos". Yo seguí ese consejo. ¡Pero no las mostré a nadie, ni siquiera a Octavio! Cuando murió Gide, aparecieron publicadas las páginas. Antes las vinieron a ver solamente dos personas. Victoria no me las pidió. Las vieron Ricardo Baeza y un amigo mío que se llamaba Luis Cenizale. Después se hizo una edición de gran tiraje; hasta existe ese libro de Schlumberger que se llama *Madame et André Gide*. El matrimonio pasó por crisis muy graves. Ella lo hizo sufrir bastante como si tomara venganza por las cosas que él le hizo, porque él a ella le había hecho cosas bastante terribles. Pero es un libro lindísimo y al final ella llega a una especie de acuerdo. ¿No es cierto que las últimas páginas son cartas muy bondadosas? Usted se acuerda, en el *Diario*, cuando ella muere, creo que fue en 1938, hay una faja negra.

F. B. —¿Cómo es que siempre, en todo lo que ha escrito o en las entrevistas que le han hecho, vuelve la figura de Gide y sin embargo no le ha dedicado un ensayo a su obra? ¿No le ha despertado el mismo entusiasmo que los otros escritores franceses sobre quienes usted ha escrito?

J. B. —No, lo he leído desde muy joven. Me ha gustado mucho pero es un personaje muy difícil de tratar. Mire, las cosas que uno escribe, no las escribe de una manera deliberada. Uno no dice voy a escribir sobre aquello o sobre aquel. En un momento dado, hay un autor que a uno le incita a escribir y uno escribe. Gide, a mí me ha gustado mucho. Toda esa generación de escritores franceses es una generación brillante que no se ha repetido. Piense usted en Valéry o en escritores un poco más jóvenes que ellos, como por ejemplo Michaux.

F. B. —En cuanto al perfil de intelectual que podía representar Léautaud en Francia en aquella época y usted

ahora en Argentina, veo cierto paralelo, como un mismo estilo de ser que se manifiesta en una personalidad discreta, celosa de su independencia intelectual y reacia a los compromisos innecesarios.

J. B. —No sé qué decir. Me honra mucho. Yo a Léautaud lo conocí tarde, en 1947, cuando yo ya era un hombre. En cambio a Proust y a Gide los he leído muy joven. He conocido la literatura francesa de una época. Me da la impresión de que ahora se da una especie de decadencia, si se pudiera decir, de que la literatura francesa actual fuera inferior a la de entonces. Quizá eso pase en todas partes y no sea solamente un fenómeno francés.

F. B. —¿Y a Drieu la Rochelle, usted lo conoció?

J. B. —Nunca. Cuando vino a Buenos Aires aún no era yo amigo de Victoria Ocampo. Así que nunca lo conocí. Drieu a mí me parece un periodista muy hábil, muy vivaz, inteligente, pero sus novelas nunca me han gustado. Incluso, no estaba del todo de acuerdo con el periodismo de Drieu. Ahora, entiendo que era un hombre brillante y muy querido, hasta por sus mismos enemigos políticos. Yo conocí a una señora en París que había sido, me imagino, amiga de Drieu, no la voy a nombrar; era una mujer muy rica que tenía un salón y me hacía muchas preguntas a mí sobre Victoria y Angélica Ocampo de quienes Drieu fue muy amigo. El artículo de Victoria sobre Drieu, "El caso Drieu la Rochelle", es lindísimo.

F. B. —Hay una cosa que no sé si llamar paradoja en usted. Se define a sí mismo como un lector y un crítico hedonista. Sin embargo, sus cuatro ensayos sobre Proust muestran el conocimiento de alguien, diría yo, especialista en la materia.

J. B. —Nunca he recabado información. Ni siquiera tengo la edición de La Pléiade, sino la de la N.R.F. Tengo muchas cartas de la correspondencia, algunos libros pero no muchos. No busco información. Además, no la necesito. Yo he leído por primera vez a Proust a los 14 años y no entendí nada. Lo dejé de leer. Eso lo cuento en un ensayo. Después, a un amigo mío que ya no veo porque es dominico, que era muy "a la page", le llamó mucho la atención que yo no hubiera leído a Proust. Le dije: "Mira, comencé a leer *L'ombre des jeunes filles en fleurs* y no entendí nada". Entonces él me aconsejó que empezara por *Un Amour de Swann*.

F. B. —¿Y por qué dice en ese ensayo que los jóvenes ya no pueden tener el mismo asombro que usted tuvo cuando leyó por primera vez a Proust?

J. B. —Claro, porque cuando yo lo leo era un escritor muy nuevo, muy distinto de todos. Y la verdad es que el tipo psicológico de Proust y el tipo metafísico se han propagado en los novelistas. —Pero me está haciendo repetir lo que ya dije... me está haciendo hablar como un loro. Además, uno encuentra Proust en los antecesores de Proust. ¿No se acuerda de ese artículo de Borges: "Kafka y sus precursores"? Bueno, pasa lo mismo con Proust. Por otra parte, me da la impresión de que los jóvenes ahora leen otro tipo de literatura.

F. B. —¿Y usted lee a los jóvenes escritores latinoamericanos o de otros países?

J. B. —Sí, me sigo interesando en la medida en que ellos son interesantes, como los de *Vuelta* por ejemplo, que me encantan.

F. B. — *La dieron las Palmas Académicas en Francia, ¿fue por el conjunto de su obra o por sus ensayos sobre escritores franceses?*

J. B. — No, fue simplemente porque habría algún diplomático francés que era amigo mío y entonces me dio las Palmas Académicas.

F. B. — *Sus libros, en particular "Ficción y realidad", no están traducidos al francés. ¿No crees que sería importante que lo fueran?*

J. B. — A mí me gustaría mucho, pero yo, a los franceses, ¿qué les puedo enseñar? A ellos les interesan las cosas argentinas, sudamericanas, mexicanas, pero cosas francesas, tengo la impresión de que ellos saben más que uno.

F. B. — *Usted le dijo a Danubio Torres Fierro en una entrevista: "Quizá no tenga demasiada simpatía por mi carácter". ¿Qué quiso decir con eso?*

J. B. — ¿Yo dije eso? Ya no me acuerdo. Hay un librito que han publicado sobre mí, tendría que releerlo. Le habrá querido decir que no soy nada narcisista.

F. B. — *Pero, ¿no crees que a veces usted exagera su modestia?*

F. B. — Exagerar la modestia es una forma del orgullo. Se parece uno a ese obispo que decía: "A mí, en modestia nadie me gana".

F. B. — *Y a usted que tanto le gusta el género de la biografía intelectual, ¿qué pensaría si alguien hiciera la suya?*

J. B. — Me sentiría muy honrado.

F. B. — *¿Prestaría ayuda para que se hiciera, porque usted nunca pasa de ciertos límites cuando habla de sí mismo?*

J. B. — No, que el biógrafo se tome el trabajo.

La vida (a)leve

El huevo (pese a todo) pasado por agua

Aunque esta vez desaprueba mi iniciativa, mi siempre caballeroso amigo Jaime García Terrés agradece mi invitación al juego en esta carta-soneto que llama "muy heterodoxa" y que resultó *muy paradójica*:

Pues no, no me dan ganas, Ulalume
de realizar tu ovivorio soneto.
Este juego se antoja ya obsoleto
y la escritura como que se sume.

No quiero que Machado me desplume
pues le guardo grandísimo respeto;
pero un soneto que no tiene objeto
a nada nos conduce y nada asume.

En esta vez perdóname de veras
que me calle contrito mientras fragua
el huevo su pasión dentro del agua.

Y recibe las gracias más sinceras
de quien siguiendo fiel tu vida aleva
alguna vez a discrepar se atreve.

No tiene ganas de jugar pero juega, y doblemente: *también* a darme el sí dentro del no. Dice que el tema es obsoleto y que en él la escritura se "sume", pero lo trata en sólo 2 versos y "eleva" así la escritura a una inmejorable economía. Respeta a Machado pero se hace felicitar por Mairena cumpliendo en 13 palabras con sus exigencias: *simpatía por el huevo*, ya que calla "contrito" ante su "pasión" (!); y *sentimiento del tiempo*, pues tanto su consternado silencio como el plural implícito en *pasión* ("serie de tormentos de Cristo") hablan de la insoportable duración del hecho, y porque su "mientras fragua", adverbio de tiempo unido a un verbo *temporal por excelencia*, refuerza aquel sentimiento. Sobra decir que, gracias a esos versos, la ausencia del huevo invade mallarmeamente, como presencia, al soneto entero. Este sí "asume" lo que se niega asumir: la forma de un *más juego que soneto* que yo le pedía. ¿Entonces?... ¿no es tautológico llamar a un juego "sin objeto"? Por lo tanto, responderé:

Aleve melancolía,
no turbes la vida breve:
deja al juego hacerla leve;
ni analices la alegría
(¡sé feliz), porque se enfría;
ni declares sin objeto
lo que, en disfraz de soneto,
sólo es juego: ¡es tautológico!
Busca en ti al niño y, es lógico,
no lo hallarás obsoleto.

Ulalume González de León